

Manuel Belgrano, el Hombre del Bicentenario

PIGNA, F. (2016).

Buenos Aires: Editorial Planeta, 447 págs.



Roberto A. Ferrero

Amicus Belgrano, sed magis amica veritas

Este nuevo libro de Felipe Pigna aparecido oportunamente en el año de la celebración de nuestra Independencia en su segundo centenario, se subtitula sin motivo “El hombre del bicentenario”, título que en todo caso correspondería al general San Martín, que fue quien más bregó para que el Congreso de Tucumán nos hiciese solemnemente libres de España y de “cualquiera otra dominación extranjera”. Está escrito en un estilo llano y ameno, a veces irreverente, con subtítulos y comentarios de tango o de tablón futbolero, como cuando subtitula “Sur, asonada y después”, o “¿Dónde están los muchachos de entonces” (del tango Tiempos Viejos) o como cuando comenta que el general español Pío Tristán tendría que guardarse su soberbia “donde no le daba el sol” (pag.306). Quizá las necesidades de los historiadores “revisiónistas de mercado”, como les llama Luis Alberto Romero, hagan irresistible la tentación de llegar a una mayor cantidad de lectores (léase “consumidores”) con estas licencias de lenguaje “populista”, digamos así. La superación -en si loable- del estilo envarado de la academia a veces va demasiado lejos... El libro despierta el interés del lector al introducir ciertas novedades documentadas de la vida del creador de la bandera, que no se mencionan en la obra clásica de Mitre, pero se resiente a veces de largas transcripciones, bastante inútiles por cierto, como aquellas del mensaje de Washington (pág. 302/306) o proclamas íntegras de Belgrano, o las Memorias del Secretario del Consulado de Comercio, documentos todos que bien se podrían haber resumido sin que su comprensión sufriera desmedro.

Entre otros méritos del libro -si se considera tal al lenguaje de divulgación como lo hemos citado- se encuentra la habilidad de Pigna para no tratar a su personaje como si se encontrase aislado en una campana de cristal, separado de las vicisitudes del mundo, forma ésta de biografía bastante común en décadas pasadas o en autores de segunda línea. Felipe Pigna, por el contrario, de conformidad a las mejores determinaciones del método historiográfico, hace uso de la categoría de totalidad para relacionar la vida del prócer con su contexto social inmediato y con las circunstancias nacionales e internacionales de su tiempo

para mejor interpretar sus hechos y su pensamiento político (centralista, monárquico, elitista, enemigo del federalismo). Es también destacable -en la medida en que establece cierta distancia con la vieja teoría histórica del Héroe fautor decisivo de la Historia, al modo de Carlyle- la breve mención biográfica (aunque mas no sea en notas a pie de página) de muchísimos personajes de importancia menor en la vida de Belgrano y del país, pero sin cuya contribución la historia (como *story*) no hubiera sido lo que fue. Y aunque no suplen la carencia de un análisis sobre el papel de las masas populares en la Guerras de la Independencia y en las luchas civiles de la década belgraniana (1810-1820), aquellas menciones (de Luzuriaga, de Agustín Donado, de Joseph Redhead, de Eustaquio Díaz Vélez, de los Hereñú, de Ignacio Warnes, de Carlos Forest, de Pedro Medrano y tantos otros) al menos nos orienta a sospechar que la historia de un país es -como que es- obra colectiva de un pueblo y no de un personaje irremplazable y todopoderoso.

Pigna, con ciertas alusiones irónicas (breves y discretas) a Rivadavia, a Mitre y a la “historia liberal”, pretende que su mester historiográfico es una presentación algo herética y “revisiónista” de la biografía de Manuel Belgrano. Pero a la primera lectura se aprecia que la realidad está lejos de sus insinuaciones de heterodoxia. Esta vida del prócer es tan hagiográfica como la que pergeñó Mitre en el Siglo XIX, salvo en lo que se refiere a chismes familiares. E incluso en este nivel, no se anima a revisar la versión tradicional que elude piadosamente profundizar en la vida sentimental del vencedor de Salta y Tucumán. El biógrafo menciona los amores sin matrimonio que abundaron en la existencia de Belgrano y los hijos habidos de ellos, pero no caracteriza de ninguna forma esta faceta, digamos así, de Belgrano, pero que el propio biografiado -con fría sinceridad- revelaría en una misiva particular de diciembre de 1817: “...sólo a las pobres mujeres he mentido diciéndoles que las quiero, no habiendo entregado a ninguna jamás mi corazón”. Consecuentemente, en su testamento declararía que era soltero (lo que era cierto) y que no tenía hijos (lo que no era cierto).

Se da en el libro una información amplia sobre la batalla de Tucumán y su importancia estratégica para

evitar la derrota de la revolución en una operación de pinzas entre los realistas del Norte y los de la Banda Oriental, obviedad que hace largo tiempo señalaran muchos historiadores, desde Mitre al tucumano Carlos Páez de la Torre (h), pero falta una explicación específica sobre las consecuencias sociales y geopolíticas de las derrotas sufridas por el Ejército del Norte, bajo el mando de Belgrano, en Vilcapugio y Ayohuma, que Pigna despacha en seis líneas de la página 318 como si quisiese proteger al benemérito General del juicio de la posteridad por tales desastres militares, que junto al posterior de Sipe-Sipe, determinaron la pérdida de las provincias del Alto Perú (hoy Bolivia).

Todo el texto que analizamos es una enumeración de los méritos -reales- de nuestro gran paladín: su nunca desmentido amor a la Patria, su honestidad personal en cuestiones patrimoniales, su sincera modestia, su afán por reformas progresistas en los tiempos de la Colonia, bregando por la mejoras de la agricultura, la industrialización, la educación, la igualdad de género y la protección del medio ambiente; su preferencia por los arreglos pacíficos antes que por el derramamiento inútil de sangre, la preocupación por sus soldados y por los pueblos que ocupaba, a lo que se negó siempre a someter a saqueos y confiscaciones, -a “vivir del país”, como se decía discretamente-, que era lo que hacían los otros ejércitos de Buenos Aires en las desgraciadas provincias que debían soportar sus invasiones. Pero Pigna se abstiene de profundizar en un hecho clave para cualquier interpretación revisionista veraz de la historia de vida de su biografiado: Belgrano, en definitiva y más allá de sus prendas personales y civiles, era un hombre de Buenos Aires y un miembro de la rica elite comercial de la “Reina del Plata”, pertenencias ambas que determinarán decisivamente la parte más importantes de sus ideas políticas y de su actuación en los conflictos interiores de su época. Pigna pasa por alto esta importantísima dimensión de la realidad histórica, ocultando algunos hechos lamentables de Belgrano y edulcorando otros en forma por demás burda. Así, al referirse a la Expedición porteña al Paraguay (1811), da fe de la manifestación hecha por Belgrano -ya derrotado en Paraguay y Tacuarí- al general paraguayo Cabañas de que “habiendo venido para auxiliar y no para conquistar el Paraguay, había decidido repasar el Paraná”. Empero, la verdad es que en la ocasión el General Belgrano, más que como libertador, actuaba como instrumento de la naciente estrategia porteñista de independizar de España a estas provincias y someterlas, simultáneamente, al dominio de Buenos Aires, como presunta heredera única de la potencia colonial. El viejo Alberdi (que ya había dejado muy atrás las deplorables “Bases” ultraliberales) y que fue el primero en analizar esta doble operación geopolítica de la

gran metrópolis rioplatense, cita expresamente, en su libro “Grandes y Pequeños Hombres del Plata” la carta en que Belgrano, dirigiéndose al gobierno central, le dice que “Cuando menos necesito mil quinientos infantes y quinientos de caballería para la empresa de la *conquista del Paraguay*”. Así lo entendió también el propio pueblo guaraní, que rechazó como invasores porteños a los soldados de Belgrano pero proclamó en Mayo de 1811 su independencia de España (y de Buenos Aires...).

Algo parecido sucede cuando presenta las relaciones entre el General porteño y el caudillo salteño Miguel Martín de Güemes como una amistad sin sombras, muy afectuosa, diríase idílica, para lo cual debe dejar de mencionar que en 1812, prestando oído a versiones difamatorias sobre el gran defensor de la frontera Norte, lo había sancionado arbitrariamente, remitiéndolo a Buenos Aires a disposición del Poder Ejecutivo central, es decir: porteño. En realidad, la posterior amistad -o mejor dicho: la alianza- entre el Jefe del Ejército del Norte y Güemes se fundaba, más que en simpatías personales en las necesidades de uno respecto al otro: Belgrano necesitaba del salteño para que defendiera la frontera salto-jujeña y le dejara las manos libres para operar contra los federales artiguistas de las provincias mediterráneas, y Güemes necesitaba de Belgrano para mantener las buenas relaciones con Buenos Aires, proveedor -mezquino, es cierto- de los armamentos y pertrechos que necesitaba imperiosamente para atajar a las constantes invasiones realistas. El trato entre ambos era protocolarmente correcto -y así debía ser para que la armonía entre los patriotas fortificara la defensa- pero en privado se quejaría Belgrano con el general Tomás de Iriarte de que “su autoridad para con el Jefe de la vanguardia, Güemes, era puramente nominal, pues éste, sin su anuencia, hacía cuanto se le antojaba, y él tenía que contemporizar disimulando en obsequio de la causa pública cuya tranquilidad se alteraría al menor altercado”. Entre las cosas que hacía el Jefe salteño sin la “anuencia” de Belgrano se contaba el cultivo de estrecha amistad con los dirigentes artiguistas de Córdoba -José Javier Díaz- y de Santiago del Estero -Juan Francisco Borges-, relaciones que disgustaban hondamente a Belgrano.

No señala tampoco Pigna la reconocida dureza que tenía Belgrano para con sus compatriotas “de abajo”, los paisanos y soldados federales que se le oponían y a los cuales, despreciativamente, en su correspondencia privada -en “el lenguaje brutal de las cartas”, como decía Marx- solo los mencionaba como “la canalla”. Belgrano quería servir al pueblo, pero como el del Sarmiento posterior que quería “educar al soberano” y

masacraba a los gauchos de las montoneras, era el de Belgrano un pueblo abstracto, el pueblo de las proclamas y los discursos. El pueblo, como entidad concreta de paisanos aindiados, mulatos artesanos, pardos libres, milicianos rotos de los ejércitos artiguistas o indios mansos arrimados a los suburbios, ese no contaba con sus simpatías. Para nuestro General, las multitudes federales artiguistas -como para el Directorio al que prestó casi siempre obediencia- no eran sino una turba de “anarquistas” y “bandidos” a los que persiguió con saña. En octubre de 1816, por ejemplo, en carta a Manuel Ulloa, refiriéndose a los federales de Artigas, de Santa Fe y de Córdoba, expresaba su creencia de que “la canalla trata de traicionarnos”. Meses más tarde, opinaba que “nuestros paisanos” debían sentir “la vara de hierro de los enemigos o la de la justicia bien administrada por nuestros gobernantes... Es indispensable hacer uso de la cuchilla para que la gangrena no concluya con lo bueno”. Él mismo hacía uso de ella, metafóricamente, haciendo ejecutar a los soldados criollos que desertaban de sus filas, pero al General realista Pio Tristán le daba el trato afectuoso de “Mi querido Pío”. Hizo fusilar sin proceso y sin posibilidades de defensa en juicio al protocaudillo artiguista de Santiago del Estero, el mencionado Coronel Borges, precursor de la Independencia y reconocido como esforzado patriota hasta por Mitre; en Córdoba, cuando la segunda sublevación federal de Juan Pablo Bulnes, sin esperar los resultados de la comisión mediadora Funes-Castro enviada a nuestra ciudad por el Director Pueyrredón, Belgrano, ultrapasando las órdenes recibidas, despachó a nuestra ciudad un regimiento al mando del Coronel Francisco Sayos para reprimir al líder artiguista. Derrotado y preso Bulnes, Belgrano trató de redondear su victoria sobre “la canalla” cordobesa solicitando golosamente al gobernador de Córdoba, Ambrosio Funes, que le enviara al vencido -que era su yerno- para enjuiciarlo y seguramente fusilarlo. Don Ambrosio, sabiendo de las severidades del General-abogado (tan clemente con los españoles derrotados en Salta y tan duro con sus compatriotas), dió largas a su solicitud alegando el sumario que se le estaba instruyendo en sede local. El Deán Funes le escribiría a su hermano Ambrosio en la ocasión: “No puedo mirar con indiferencia las lágrimas de la familia. *De Belgrano debe temerse algún desastre*, porque hace vanidad de principios rígidos sin advertir que no estamos en este caso”. Y le aconsejaba, confiando en la mayor equidad de Pueyrredón: “Yo juzgo que, sin comprometerte en cosa alguna, debes remitir la causa al Director, que es a quien corresponde”. En cuanto al noble inspirador de todos ellos, el Protector de los Pueblos Libres, el general José Gervasio Artigas, que

se batía en condiciones desesperadas contra portugueses y porteños, Belgrano no vacilaba en crucificarlo políticamente de modo asaz injusto: “Hace mucho tiempo que lo he dicho: Artigas es agente de nuestros enemigos y unos a sabiendas y otros por ignorancia lo siguen”, le escribía a Güemes en febrero de 1817, y en julio le insistía: “Ha tiempo que estoy en la idea de que es agente de los españoles con la capa de patriotismo”. Malevolencia, y si no, miopía casi equivalente.

Para nuestro historiador “revisionista”, nada de esto existe. La suya es una “biografía blanca” de Belgrano, donde las ideas y los hechos contrarios al concepto apriorístico de “hombre intachable” construido por Mitre, son ignorados o disminuidos en su importancia a fin de preservar inmaculada la imagen escolar pero ahistórica del patriota que nos es presentado

Por lo demás, es muy evidente que el Ejército del Norte o del Alto Perú -primero al mando de Rondeau y desde agosto de 1816 teniendo al frente a Belgrano- había dejado de combatir a los realistas desde su derrota en Sipe-Sipe a fines de 1815. Desde entonces, se había convertido en un ejército de ocupación porteño, detestado en todas las provincias en que señoreaba, y que había dejado sus responsabilidades militares en manos de Güemes para dedicarse a reprimir a las montoneras federales y los gobiernos autonomistas que se alzaban de continuo contra el Directorio. Como Jefe de este ejército, el último acto militar de Belgrano, ya muy enfermo, fue todavía de servicio al centralismo porteño: cuando el Director Supremo José Rondeau, a fines de 1819 ordenó a San Martín y Belgrano bajar con sus respectivas tropas para converger sobre Buenos Aires y salvar al centralismo amenazado por los caudillos federales del Litoral, el Gran Capitán osó desobedecerlo y marchó a Chile para preservar al Ejército de los Andes de la disolución, pero el creador de la bandera optó nuevamente por su patria chica y ordenó a su segundo, el General Fernández de la Cruz, cumplir con las indicaciones de Rondeau. El resultado fue el que temía San Martín: el Ejército del Norte se perdió para la causa de la Independencia en una noche de Enero de 1820 en la llanura de Arequito. Como ahora sí bien resume Pigna, Belgrano “mantendría su fidelidad al Directorio hasta el final” (pág. 414).

Tales las luces y las sombras de aquel insigne patriota, que no necesita de este tipo de defensas esquinadas al margen de la verdad histórica para figurar en el Olimpo de los constructores de la nacionalidad, ya que las primeras superan largamente a las segundas.

